

¿Qué puedo hacer yo, aquí y ahora?

opciones personales en una sociedad de bienestar y de miseria

En nuestra sociedad española se dan realmente las dos cosas y no es preciso demostrar lo que puede comprobarse fácilmente. Los datos de la sociología son útiles y sus cifras arrojan luz sobre la realidad. Pero el hombre de hoy sólo se impresiona con las vivencias, más vigorosas que las estadísticas, únicas que en este terreno nos empujan al compromiso.

No creo exagerado decir que difícilmente se llega hoy de hecho a un cristianismo adulto sin haber pasado antes por el bautismo de fuego de la miseria en sus diversas manifestaciones. Pero resulta que este contacto vivo con la miseria humana se va haciendo cada día más difícil en nuestra sociedad. Y esto no porque la hayamos disminuído, sino porque los que vivimos en la sociedad del confort procuramos ocultarla, eliminando así un reproche y una acusación a nuestra vida.

Este contacto es imprescindible para una toma de conciencia, pero si queremos además comprometer seriamente nuestra vida en favor de la justicia, nos sería necesario además una auténtica encarnación en la miseria que el pueblo sufre. "Sería preciso pasar por lo menos dos años en una chabola húmeda y sombría de trescientas pesetas de alquiler o en una

cueva apartada. Dos años con seis personas por habitación. Dos años en la sala general de un hospital. Dos años de trabajo en una fábrica, mina o taller. Dos años con nueve hijos y un jornal de 90 pesetas. Dos años en un sanatorio sin visitas, sin amistades. Dos años como extranjero en un país que te desprecia. Dos años viviendo únicamente con lo que te da el seguro de vejez. Dos años con deudas por todas partes: casero, tendero, etc. Dos años en el rencor, la soledad, la desesperación. . ."

Dos años o una medida equivalente que sustituyera a estas experiencias. Entonces realmente sería posible comprender lo que es la indigencia, el hambre, la exclusión. Sólo entonces sería posible comprender y vivir la urgencia de radicalizar nuestras posturas cristianas y no estaríamos tan preocupados por racionalizar y medir nuestra entrega en favor de la justicia y el amor.

Pero ¿qué puedo hacer yo, aquí y ahora? ¿Qué puedo hacer yo sacerdote, ingeniero, médico, abogado. . .? ¿Qué puedo hacer yo para luchar contra la explotación del hombre bajo cualquiera de sus formas, dando a la vez testimonio de mi fe y de mi esperanza, sin temor al compromiso,

y todo ello de manera concreta y diaria dentro de mi profesión?

La respuesta es siempre una cuestión delicada y difícil, sobre todo si queremos movernos en el terreno de lo concreto. Delicada y difícil porque se trata de un asunto personal en el que nadie puede reemplazar a nadie a la hora de tomar una decisión cristiana que es ante todo libre y debe venir precedida de una llamada de Dios.

No pretendemos por tanto convencer a nadie con estas sugerencias. Sólo apuntar unas líneas de compromiso personal basados en experiencias múltiples y con diversos matices que ya se están realizando, y mostrar en cuanto nos sea posible cómo sus motivaciones parecen más conformes con una línea de sinceridad evangélica.

Analicemos, pues, brevemente cómo algunos cristianos han resuelto en sus vidas esta renuncia a los privilegios económicos, sociales, culturales, etc., procurando cimentar estas respuestas en principios éticos y cristianos, y aceptando conscientemente el riesgo que supone el querer racionalizar unas exigencias vitales.

en el terreno económico

Algunas personas —conocemos muy pocas, pero van siendo cada día más numerosas— se han impuesto voluntariamente el compromiso de vivir a base de unos medios económicos no superiores al jornal que suele designarse como mínimo al obrero menos cualificado, entregando el resto de sus ganancias directamente al pueblo o a través de obras dedicadas a su promoción integral.

Esta postura viene necesariamente motivada por una revisión sincera y radical de toda actitud de propietario. Ya los teólogos medievales hablaron muy en concreto sobre el destino uni-

versal de todos los bienes de la tierra, anterior a cualquier derecho positivo de apropiación personal. La doctrina de Santo Tomás en particular nos parece de inmensa actualidad y quizás la única que, sin estar comprometida con las desviaciones liberales, puede hacer frente a la pura concepción comunista sobre la propiedad. Es claro que han cambiado las condiciones sociológicas, pero los principios básicos del sentido comunitario hay que reconocer que se mantenían entonces en todo su vigor.

Recordemos por otra parte que el derecho de los que están en extrema necesidad a tomar de la riqueza ajena lo necesario para su desarrollo personal, se convierte para nosotros en una obligación de ayudar en justicia a los necesitados. Recordemos también que en una sociedad en la que abunda la miseria debida a un mal planteamiento de estructuras, el uso exclusivo de los beneficios de toda propiedad —en el caso de la riqueza, aún de la legítimamente adquirida— es una forma de robo, ya que se retiene injustamente un bien debido a la comunidad faltando en ese caso los fundamentos de justicia para un derecho de apropiación personal. Lo más que sobre estos bienes adquiere cada uno de nosotros es un derecho primario para la distribución, a no ser que la sociedad nos reemplace en caso de no ejercerlo.

Este estado de pobreza y la renuncia a todo tipo de poder que algunos están ya practicando, debe ser libremente aceptado para que se convierta en un signo religioso y sea expresión verdadera de un amor totalmente gratuito. Y puede ofrecer diversas modalidades en su planteamiento: desde un deseo de solaridad con los más pobres por creerlos privilegiados del Reino, hasta encontrar en la pobreza la única posibilidad de realización personal y de lucha efectiva con-

tra la miseria en favor de un progreso integral y colectivo. No olvidemos que los caminos de evangelización son bastante distintos y los planteamientos de eficacia apostólica que con frecuencia hacemos, y que estas posturas "idealistas" por caminos más o menos largos llegan siempre, al menos como un eco, al resto de la sociedad. La pobreza voluntaria y el "bien-ser" que le acompaña puede ser un modo muy eficaz de protesta contra una sociedad que sólo aspira al "bien-estar".

en las relaciones sociales

Una pobreza cristiana como la que acabamos de sugerir comporta necesariamente una ruptura con el medio en que ordinariamente desenvolvemos nuestra vida. En primer lugar porque las limitaciones económicas que voluntariamente hayamos aceptado, nos cierran automáticamente una serie de posibilidades de convivencia social que están basadas en una situación de privilegio en lo económico. Pero además hay algo más hondo y más doloroso en esta toma de posición en favor de la pobreza. Me refiero a las rupturas necesarias con una serie de personas muy queridas —amigos, familiares, etc.— para quienes, por no haber escuchado la llamada de Dios desde los oprimidos, resultan inconcebibles ciertas posturas radicales.

Conozco algunos casos en que esta fidelidad al Evangelio ha llevado incluso a enemistar a los padres con los hijos, y a los hermanos entre sí. Son extremos que todos debemos evitar en la medida de lo posible. Sin embargo no podemos olvidar tampoco las duras palabras de Cristo en el Evangelio sobre este particular tantas veces utilizadas dentro de una espiritualidad tradicional para animar a personas que a la hora de optar por

el estado religioso se encontraban con la oposición de sus familiares. Pensemos también desde un punto de vista humano que el no querer apenar a nadie supone con frecuencia una mentalidad infantil que confunde la comprensión y la apertura de carácter con la incapacidad de escoger.

Lo ordinario sin embargo será que empecemos a poner en práctica nuestra perseverancia en la conversión cristiana dentro del medio en que nos ha tocado vivir, mientras esto sea realmente posible. Y comenzará a manifestarse en una continua inquietud que no nos dejará ya vivir tranquilos en un mundo apático y conformista en el que se confunden los pensamientos perezosos con el "sentido común" y la "prudencia".

La ruptura con el medio paganizado en que vivimos es una tarea que exige una continua reflexión sobre nosotros mismos para poder llevar a cabo lo que Mounier llama expresivamente "la revolución contra los mitos", es decir, contra esas generalizaciones sistemáticas y sentimentales que propongan la mentira pública y los conformismos personales al abrigo de la confusión. Pero no basta la palabra. Nuestro desacuerdo deberá traducirse en una serie de gastos —abstenciones, fidelidades a la propia conciencia, compromisos, retiradas, superación de comportamientos clasistas— que serán inmediatamente causa de nuevas y dolorosas incomprendiones.

Para algunas personas esta convivencia ha resultado en la práctica absolutamente inviable y, para ser fieles a su conciencia y no dejarse vencer por el peso de lo ambiental, han optado por romper de manera definitiva con su medio y encarnarse en ese mundo subterráneo de la pobreza efectiva y real.

en la profesión

El ejercicio de una profesión "liberal" y las ventajas que proporciona constituye todavía hoy en España un tipo de privilegio. Sin embargo, la renuncia a la profesión y a los privilegios culturales a primera vista no se ve tan necesaria, salvo el caso de fidelidad a una vocación histórica que nos lleve a orientar nuestra vida por

caminos diferentes, o cuando nos veamos realmente impedidos para compaginar nuestra profesión con un servicio permanente a la verdad y a la justicia. Estas vocaciones personales pueden darse, y de hecho se dan, lo mismo que la incompatibilidad radical entre los ideales personales y propia profesión.

Ante todo una cosa es clara: que no cabe hacer separación entre nuestra profesión y nuestras ideas. No vale pues la opción en favor de la justicia, o la opción contra una sociedad capitalista mientras se colabora pasivamente con ella durante ocho o diez horas cada día sirviendo de brazo ejecutivo de las clases opresoras.

Sería necesario examinar cada caso particular, o al menos cada profesión, pero nos encontramos con que está por hacer una deontología profesional seria que tenga en cuenta la dimensión histórica y social. Por otra parte es un hecho que la realidad de las clases en lucha suele colocar al profesional que acaba sus estudios en un difícil dilema: o enfrentarse valientemente contra unos abusos admitidos y generalizados profesionalmente, o ir claudicando paulatinamente hasta verse complicado en la injusticia clara y manifiesta. Las circunstancias le obligarán enseguida a definirse en una u otra dirección, a no ser que quiera poner en práctica el falso angelismo de los que no toman partido. Sin embargo sabemos que sólo la op-

ción en favor del primero de los términos es compatible con una vocación cristiana, aunque esta opción lleve consigo casi necesariamente la renuncia a los "triumfos" profesionales, ascensos... y el riesgo permanente de nuestras condiciones de seguridad burguesa, hasta llegar incluso a imposibilitarnos el ejercitar con honradez la propia profesión.

Estos riesgos amenazadores de la familia y de los hijos son los que atormentan y paralizan a muchos hombres de buena voluntad a la hora de su compromiso cristiano. Y es que no se puede construir la familia ni llevarla a ser una comunidad adulta al margen del compromiso profesional o del compromiso político. Pero esta es una tarea que debe comenzar a realizarse con anterioridad incluso al mismo matrimonio, cuando todavía es posible la armonización entre el compromiso ante la sociedad y el compromiso de por vida con una persona concreta.

Alfonso Carlos Comín, que se ha planteado muy sinceramente en su vida el problema que ahora nos ocupa, nos sugiere hace unos años el siguiente programa para un compromiso profesional: "buscar un camino dentro de lo posible en el que, realizando la profesión con competencia, se pueda *servir* fielmente a nuestro pueblo, a nuestra clase obrera, tratando de *transformar* aquellas estructuras injustas y opresoras, y *acudiendo* al lugar donde con mayor urgencia se precise nuestra labor... , es decir, a las zonas menos desarrolladas del país, *ganando lo suficiente* para vivir, pero renunciando, por supuesto, al viejo objetivo de el enriquecimiento por la profesión'. Un compromiso profesional de este tipo en favor de la verdad y la justicia, de manera general, hará automáticamente posible la escapada personal de la situación de privilegio e injus-

ticia en los terrenos económico y social.

Deliberadamente hemos dejado por tocar el tema del compromiso del universitario durante su época de estudios. Para ser tratado con cierta profundidad se requeriría un espacio mayor que unas líneas. Pero de lo dicho hasta aquí pueden sacarse claras consecuencias a la hora de elegir la profesión y de proyectar la futura familia, así como para el enfoque de los estudios teniendo en cuenta la realidad social en que vivimos. Ante todo, creemos que el universitario durante sus estudios deberá tener presente lo siguiente:

—No perder nunca el contacto con la realidad exigido por su condición futura de profesional, intelectual o técnico. Es decir, el contacto con el pueblo y su miseria que nos recuerde continuamente de parte de quién debemos mantenernos y el contenido profundo de servicio que cualifica moralmente a toda profesión.

—Tampoco deberá remitir las llamadas a la acción para después, una vez terminada la carrera, pues sería caer en una utopía. Si durante su época de estudios no se enfrenta claramente a la situación de privilegio e injusticia que, hoy por hoy, le ofrece una universidad clasista y desencarnada, más difícilmente se enfrentará con las situaciones de injusticia que en el futuro se le presenten, cuando se vea urgido por otros compromisos.

—En la lucha contra la situación universitaria de injusticia —ciertamente una situación privilegiada de injusticia— no deberá perder de vista la dimensión política y social de los problemas universitarios.

—Todo lo dicho en estas páginas sobre el compromiso en lo económico, lo social y lo político puede comenzarse a practicar ya durante la edad

en que ordinariamente el universitario realiza sus estudios.

—Cuando en su contacto con el pueblo compruebe las escasas esperanzas que la clase trabajadora pone en el estamento universitario y profesional a la hora de pensar en la liberación de los pobres, no deberá indignarse y emprender la retirada, sino analizar serenamente las razones profundas que motivan estas actitudes de recelo y oposición.

compromiso político

También sería necesario hablar largamente sobre la necesidad del equipo de vida y de acción para que nuestra respuesta personal al “qué puedo hacer yo aquí y ahora” se vea potenciada por el encuentro de otras respuestas convergentes.

Cuanto llevamos dicho hasta aquí sobre las posibles opciones cristianas, puede interpretarse desde el exterior como un simple deseo egocéntrico de autojustificación personal. Por otra parte, las vivencias profundas de la injusticia a que antes me he referido nos harán superar lo puramente anecdótico y ocasional, y enfrentarnos con sus motivos estructurales. Cuando se llega a la certeza de que se trata de un fenómeno colectivo, socializado, que no son casos personales o individuales sino que ocurrirá necesariamente así tantas veces cuantas se presenten las mismas estructuras, entonces no cabe otra postura eficaz que la acción radical para disolver esas estructuras de pauperización que perpetúan al desorden. La propia conversación e incluso la apelación moralista a la conversión de los opresores no basta para transformar la sociedad. Será necesario además un apoyo y un compromiso, en la medida en que podamos, a los agentes que han sido realmente eficaces en la his-

toria a la hora de realizar esta transformación.

Un economista de prestigio, H. Bartolie, cree poder observar que "nunca en la historia occidental se ha visto que una nación o una clase —cualquiera que sea el régimen social— haya consentido en disminuir su nivel material de vida para socorrer a las miserias urgentes". Y mucho menos por tanto podemos esperar que las clases acomodadas piensen y se decidan por una transformación estructural de la sociedad.

Cada uno según sus inclinaciones y simpatías, cada uno según su propia vocación, deberá comprometerse con alguna de las "fuerzas vivas que hoy luchan por la contrucción de una sociedad más justa, en lugar de crear nuevos partidos confesionales o no. Y en este nuevo compromiso deberá integrar igualmente su profesión y su familia, ya que lo político no es más que una dimensión de nuestro compromiso humano y cristiano que abarca la totalidad de nuestra vida. Tres son pues los objetivos inmediatos de nuestro compromiso en favor de la justicia: encarnación en la *vida* del pueblo renunciando a los privilegios económicos y sociales, encarnación en su *conciencia* a través de un contacto con el medio obrero que nos haga captar sus profundas aspiraciones, y encarnación en la *acción* promocional del pueblo luchando contra los condicionamientos que la retardan.

Pueden ciertamente darse otras opciones cristianas diferentes de estas, sobre todo desde una situación de privilegio. Quisiera que al menos se juzgasen estas con todo el respeto que se merecen. Personalmente preferiría siempre un cristianismo radical e incluso "peligroso" a un cristianismo estéril propio de los puritanos del desapasionamiento. Y es que cuando

las personas no se apasionan por algo que vale la pena es porque como personas —y por tanto como cristianos— valen para muy pocas cosas.

Para terminar y como reconocimiento de esos pocos cristianos conscientes que han determinado desarrollar su vida en el riesgo, lejos de la seguridad, quiero aportar el testimonio de uno de ellos. Guillermo Roviroza fue un hombre total, un santo, que supo escuchar y ser fiel a la voz del pueblo hasta ser perseguido y excluido precisamente por esto. Se desprendió de todo cuanto era y tenía —su carrera, sus trabajos de investigación, su bienestar— y practicó fielmente el cristianismo adulto que estas líneas nos describe: "Los débiles, al estilo de los buenos judíos' de hace dos mil años, nos escandalizamos cada vez que surge ante nuestros ojos Cristo en la figura de un bautizado consciente de su bautismo y le echamos en cara los mismos apóstrofes que entonces provocaron la condena del Señor: 'es un perturbador, un alborotador', no hace caso de los sabios y prudentes, hace peligrar el modus vivendi de la Sinagoga con el Imperio', es un blasfemo, perturba el orden público...

"Yo, en nombre de mi miseria, me atrevo a pedir a los bautizados conscientes que me escandalicen cada vez más con su actitud, que imiten también en esto al Señor, que nos escandalizó hasta el paroxismo a los de la Sinagoga. Que viviendo el Unico Mandamiento nos escandalicen a los débiles, que necesitamos los mandamientos no sólo por decenas, sino por millares, y quisiéramos un mandamiento para cada lugar y para cada situación. Que me escandalicen viviendo la libertad santa de los hijos de Dios.

"Porque a fuerza de no querer escandalizar a los débiles con la santidad de los fuertes, parece que en la

Iglesia no estamos ya más que los débiles, con la ley de Moisés a cuestas, y haciendo muchas cosas bonitas que tienen muy poco que ver con el

Mensaje redentor de nuestro Señor Jesucristo. ¡Por favor, escandalícenos a los débiles de una vez!”.

compromisos tomados por un grupo de sacerdotes y religiosos durante una reunión pastoral

COMPROMISOS ECONOMICOS

- 1.—Adoptar un nivel y estilo de vida según el modo ordinario de los pobres y poner a disposición de los demás los bienes que se utilicen por necesidad del ministerio.
- 2.—Disponer como propios solamente de los bienes económicos no superiores al jornal que suele designarse como mínimo al obrero menos cualificado. Si se dispusiera de más, devolver el resto al pueblo.
- 3.—Evitar toda realidad o apariencia de lucro en el ejercicio ministerial. Por eso supresión total de aranceles y estipendios de misas. Llegar cuanto antes a la renuncia del sueldo estatal.

COMPROMISOS SOCIALES

- 1.—Tender a ocupar los puestos que hoy se consideran menos dignos y renunciar a toda clase de privilegios.
- 2.—No utilizar la condición de sacerdote para conseguir influencias personales.
- 3.—Informar a la Jerarquía de todos los acontecimientos públicos que lesionen los intereses legítimos del pueblo.
- 4.—Manifestar abierta oposición ante toda situación de injusticia económica y social que lesione la dignidad de la persona humana, según la Doctrina Social de la Iglesia.

COMPROMISOS POR ACCION APOSTOLICA

- 1.—Considerar como forma normal del ministerio sacerdotal el trabajo manual.
 - 2.—Promover urgentemente el compromiso temporal de los seculares a la luz de los principios del Concilio.
 - 3.—Dedicar una atención preferente a los militantes de los movimientos obreros por considerar que sin ellos es imposible evangelizar el campo obrero.
 - 4.—Profundizar en el estudio de la Teología, partiendo de la realidad humana.
 - 5.—Buscar formas litúrgicas que sean expresión del pueblo. Influir eficazmente sobre las estructuras oficialmente encargadas de la Liturgia para que sus determinaciones respondan más a las exigencias del pueblo.
 - 6.—Crear auténticas comunidades sacerdotales en la inteligencia activa de los seculares.
-